

**DOMINGO III DE PASCUA (C)**  
**Homilía del P. Jordi-Agustí Piqué, monje de Montserrat**  
**22 de abril de 2007**  
**Hch 5, 27 b-32. 40b-41 Ap 5,11-14**  
**Jn 21, 1-19**

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

«El Dios de nuestros padres ha resucitado a Jesús [...] La derecha de Dios lo exaltó [...] Testigos de esto somos nosotros (Hch 5, 30. 32a).

Con estas palabras iniciábamos la Liturgia de la Palabra de este tercer domingo de Pascua. Estamos ante la confesión de la Iglesia primitiva que busca formular su fe en la resurrección de Cristo que, muerto por nosotros, vive para siempre. Los apóstoles, los testigos, confiesan abiertamente que aquel Jesús que fue inmolado, ahora está vivo porque la «derecha de Dios lo ha exaltado, lo ha resucitado.

La segunda lectura nos presentaba la dimensión universal de esta confesión de la resurrección de Cristo: en un contexto litúrgico-celestial, el Cordero, degollado pero vivo, toma el documento de la derecha del que se sienta en el trono y los que contemplan esta acción lo aclaman como quien, él único, puede abrir los sellos del documento. La escena es descrita con dimensión universal: «Eran millares y millones alrededor del trono, y decían con voz potente [...]. Todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra, bajo la tierra, en el mar [...] que decían» (Ap 5, 11b.13). ¿Qué decían, qué proclamaban? Que el Cordero degollado ha comprado para Dios toda tribu, lengua, pueblo y nación y es digno de tomar el documento y abrir los sellos y recibir todo poder, riqueza, sabiduría, fuerza, honor, gloria y alabanza. Y esta alabanza culmina alabando tanto al que se sienta en el trono como al Cordero, por los siglos de los siglos.

El fragmento del Evangelio que ha sido proclamado corresponde al capítulo 21, que es conocido como un apéndice al Evangelio de Juan y nos sitúa en la vida de la comunidad cristiana de después de Pascua. Esta comunidad remarca, después de la experiencia de Pascua, la figura de Pedro que recibe, después de la confesión, el mandato de Jesús: ¡Sígueme! De alguna manera el seguimiento de Jesús continúa en la vida de fe de la comunidad de los creyentes a pesar de la ausencia/presencia del Señor.

Me atrevería a decir que estamos ante tres confesiones de fe, o mejor, tres formulaciones de la misma fe. Sin embargo, también me atrevería a decir que son formulaciones que parten de la experiencia de Cristo, muerto y resucitado, que llevan a la confesión y al testimonio. Tres expresiones que encuentran su formulación en la misma vida: la confesión personal, la confesión litúrgica y la confesión en la experiencia del encuentro personal con Cristo.

Las tres confesiones se acercan al Cristo resucitado desde la fe. La fe no anula las preguntas lógicas de la razón ni diluye las dudas ante el reconocimiento ni ahorra la duda ante la necesaria confesión. Hoy estas dudas se materializan en cuestiones sobre la historicidad de la figura de Jesús, en la indiferencia hacia la celebración fraterna de la fe en la liturgia, en la búsqueda de experiencias que enajenan y que llevan a la evasión, a la crítica, a la dispersión, al adormecimiento; ¿quién sabe si pasan por poner la voluntad en otros «absolutos» que no pueden salvar?. La fe cristiana sólo es tal si radica en la persona de Jesús. La formulación hará falta, seguramente, adaptarla.

Me preocupa, hermanos y hermanas, que en nuestro tiempo los cristianos no podamos encontrar la formulación significativa de la fe. Para mí esta falta de formulación tiene como trasfondo la falta de la experiencia del resucitado. Cristo ha resucitado: sólo lo puedo confesar abiertamente desde la fe y me parece que hoy esta fe necesita de una fuerte experiencia para poder nacer, crecer desarrollarse hasta transformar nuestra vida de creyentes. Si esta fe es confesante se hará comprensible en las obras.

¿Carecemos de esta experiencia o carecemos de lenguajes que hablen de trascendencia?

Los evangelistas se mueven y expresan el encuentro experiencial con Jesús desde el misterio, con gran respeto, haciendo del casí sugerido la herramienta eficaz para hablar del misterio de la resurrección sin revelarlo pero sí contemplado.

El arte puede hacer vibrar las entrañas del ser humano con experiencia de trascendencia. Händel con su Aleluya plasma y hace vibrante la contemplación de la visión del Apocalipsis que canta al Cristo Señor, Kyrios, para siempre. En nuestra Basílica la imagen presente/ausente, penetrante del Cristo de Subirachs nos pone en los ojos y en el corazón la presencia/ausencia del resucitado. Las formas, el olor, la luz, los signos sacramentales de la liturgia nos llevan al umbral de la experiencia del Cristo vivo y actuando en su Iglesia, que ahora edificamos haciendo eucaristía.

¿Qué hacemos, pues, que no conseguimos transmitir la experiencia del resucitado? ¿Qué hacemos, pues, que no somos capaces de despegarnos de nuestras seguridades y convertirnos, como Pedro, que no reclusa después de las tres negaciones? ¿Qué nos falta para poder cantar de manera brillante y significativa para nuestros contemporáneos el aleluya que la liturgia nos pone en el corazón, en los labios y en la mente? ¿Qué nos falta que no podemos experimentar lo que experimentaron los discípulos y que les hizo pasar del miedo a la confesión de Cristo como viviente?

A mí me falta, hermanos y hermanas, más fe en el Cristo que presenta a Tomás las llagas de la Pasión, más fe en el Cristo que no se avergüenza de Pedro y que va al encuentro de las mujeres para que lo reconozcan transfigurado. A mí me falta más humildad para superar los límites del ahora, del bienestar, de la ciencia, de la inteligencia; me falta el empuje para correr con el corazón ensanchado por los caminos del Evangelio y dejar que me lleve a reconocerlos como hermanos. Me falta la osadía del Espíritu que guía la Iglesia y fecunda sus sacramentos y nos reúne en comunión con el único que revela el rostro del Dios Amor y lo comunica a los que creen en Él: Jesucristo, el Kyrios, Señor del Tiempo y de la Historia.

A pesar de eso siento que la Gracia llena y empuja a los bautizados y me emociona verlos a tantos y tantas unidos entorno al altar, a los pies de Santa María, como bautizados, para cantar las alabanzas de Dios y compartir la Palabra, el Pan y el Vino de la Nueva Alianza. La Gracia me hace sentir más unido, más cristiano con todos vosotros que compartís el Bautismo de Cristo, que recordáis su muerte y celebráis su resurrección; me hace más atento a vosotros que compartís su sufrimiento en la vejez, en la enfermedad o en la soledad y que ahora estáis en casa o en los hospitales. La Gracia me hace revivir la esperanza que encuentra en el Amor predicado por la Iglesia el lugar de refugio en la tempestad de nuestros días, la confianza frente a tantas falsas seguridades, la fe predicada y vivida por los santos y santas de hoy y de ayer que a pesar de su debilidad fueron fuertes en el amor a Dios y a los hermanos. Es la Gracia la que nos mueve a ser profundamente agradecidos por los frutos de este Año Jubilar que el día 27 de Abril cerraremos solemnemente. ¿O es que quizás todo eso no son signos de la resurrección operante de Cristo? ¿No es eso signo de su presencia entre nosotros?

Pidamos, pues, que no nos falte el don de la fe para poder creer, a pesar de todo, y anunciar a nuestros contemporáneos que Cristo ha vencido la muerte para siempre y vive para siempre y transforma nuestro hoy y ahora en semilla de eternidad. Pidámoslo humildemente al Padre que siendo Todo Amor ha resucitado a su Hijo; pidámoslo confiadamente al Hijo que en su total entrega nos ha revelado el amor del Padre y nos ha mostrado su rostro; pidámoslo con apertura de corazón al Santo Espíritu que nos introduce en el Misterio inefable del amor infinito de Dios: Unidad inefable, Trinidad santa, por los siglos de los siglos. Amén.